



Eloy Tizón
Labia



ELOY TIZÓN

Labia

Galaxia Gutenberg



Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2026

© Eloy Tizón, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: gama, sl
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Plaça Verdaguer n.º 1, 08786-Capellades
Depósito legal: B 14709-2026
ISBN: 979-13-88019-80-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Nota del autor

Es raro que un libro tenga una segunda vida. Salvo excepciones, lo habitual suele ser que un libro se publique, se venda más o menos, resista durante algunos años en los estantes de librerías y almacenes hasta agotar existencias (o sea saldado), circule una temporada por la red de títulos descatalogados y de segunda mano, hasta agotarse y caer en el olvido.

Esta ha sido la historia aproximada de *Labia*, desde su discreta publicación en Anagrama hace veinticinco años, hasta hoy.

Por ello, soy consciente del privilegio que supone el rescate de esta fábula sobre la vocación artística y la dificultad de crecer, cuyo espíritu bebe de un cóctel bizarro y tal vez descabellado entre novela de barrio y novela de fantasía, con relatos dentro de otros relatos, según una poética de la novela como arte del desvío y la interrupción.

He aprovechado esta oportunidad para revisar a fondo el texto: me he permitido pulir, actualizar y podar todo aquello que chirría a mi oído actual, pues es imposible coincidir con uno mismo durante veinticinco años seguidos. Lo que ofrezco al lector es un trabajo de reescritura.

Una mirada nueva para un libro (casi) nuevo.

Escribir es mi pretexto para seguir corrigiendo.

Agradezco la confianza de Joan Tarrida, sin cuya fe en las historias no existiría esta nueva versión de *Labia*.

Para mi hermana Rocío

labia (de «labio») f. Habilidad para decir cosas agradables o *convencer con palabras. → *Elocuencia, locuacidad.

MARÍA MOLINER,
Diccionario de uso del español

Artes gráficas

Te estoy viendo. Después de tantos años. Es en la calle. Me cuesta reconocer tus rasgos. Se interponen todo tipo de barreras arquitectónicas: andamios, semáforos, escaparates, maniqués, el tiempo transcurrido. Y tú estás detrás. Un poco ajeno. Casi escondiéndote de algo. Ni demasiado cerca ni demasiado lejos. El rumor de la ciudad va y viene, crece y se retira, como un mar de fondo. Pero es un mar que se siente sobre todo piel adentro, aquel. Tú intentas cruzar la calle y no lo consigues. Dudas. Pasan coches que te lo impiden. Eso es todo. Estás en el centro de la calle y no puedes cruzar y yo te veo. En el centro de la calle.

Haz memoria. En tu infancia aprendes a dibujar siguiendo las enseñanzas de Emilio Freixas. Son manuales prácticos de un sincero academicismo clasificados por temas: cómo dibujar árboles, cómo dibujar peces, cómo dibujar bodegones, cómo dibujar el cuerpo humano.

Vienen en hojas sueltas en archivadores de color rosa chicle o bien encuadradas en álbumes de tapa dura, y estampada en una esquina del folio aquella firma del nombre, Emilio, y el chasquido de látigo del apellido.

Freixas tiene para dibujar una facilidad avasalladora, y cualquier desafío que se proponga lo soluciona al instante, por complicado que sea, de la forma más elegante, sin incurrir en borrones, y tú admiras sin reservas la magia del artista que con tanta seguridad hace emerger del papel la silueta de un velero

encallado en la tormenta —con lo que a ti te cuesta—, o la figura de un dóberman que salta en el aire resuelto en cuatro trazos, más el goterón de la sombra abajo.

Cubre todo el espectro de temas posibles, desde la A hasta la Z, en un alarde de virtuosismo que es casi enciclopédico, y no parece haber límites para su imaginación a la hora de distribuir por la página el contorno zigzagueante de una bandada de grullas o la gracia sinuosa de una pareja de focas que sostiene en equilibrio una pelota de circo.

Empiezas a dibujar copiando a Emilio Freixas. Toda la alegría disponible viene en estos tomitos. Dentro vive una legión de extranjeros, y un lobo sin amaestrar, y las etnias humanas abocetadas, incluyendo a un jeque árabe, un guerrero cheroki algo miope y un aborigen ártico con la siguiente leyenda, debajo: «Cabeza de esquimal. Raza amarilla».

Todos ellos retratados con suma delicadeza o con la furia caliente de un garabato, la misma que en la fría, fantasmal y pueblerina sala de partos en que vienes al mundo un viernes lluvioso de hace cuarenta años, a una hora temprana, resbaladizo de sangre y medio asfixiado, con el cordón umbilical enrollado alrededor del cuello, boca abajo en manos de la enfermera y en la cara esa expresión de zozobra extrema de los ahogados, porque todos los niños vienen del mar.

Tú no lo sabes, pero has sido concebido en el asiento trasero de un automóvil, en uno de esos utilitarios que las parejas estacionan frente a la playa de noche, entre palmeras, con arena en los neumáticos y sal en el guardabarros. Ninguna estrella fugaz anuncia tu llegada. No hay oro, incienso ni mirra, sino tan solo el balanceo de un modesto automóvil lamido por las olas, la temperatura de dos cuerpos empujados por el frenesí del deseo, tal vez con suerte una canción en la radio.

En el momento en que naces comienzan los papeleos. Quedas registrado. Ya no hay posibilidad de retroceder. Hay que seguir adelante, por las buenas o por las malas. Pasa el tiempo. Vas cumpliendo años, rituales. Soplas velas. Quedan pruebas testimoniales, huellas dactilares, fotografías, siempre aparecen testigos. La policía tiene tus señas. El Estado cuenta contigo. No existe forma de huir. No puedes desentenderte. Has nacido, estás fichado, no tienes escapatoria.

En la vida no ocurre como en el teatro, donde los actores pueden suspender las funciones si no se encuentran con fuerzas para salir al escenario. En la vida hay que actuar a diario en *todas* las representaciones, con ganas o sin ellas.

Metamorfosis del padre joven, que te sube en su pierna y es un balancín, un corcel al galope, un dragón, un cohete. Con cada impulso, el techo del piso barato en que vivís en el extrarradio se acerca y se aleja. Tus padres te sacan de paseo, turnándose para empujar el cochecito. Desde allí, tumbado boca arriba, ves fluir una rápida constelación de formas celulares, lentas corrientes de nubes que se aplastan contra los bordes de tu campo visual, un árbol, otro árbol, retirados y sustituidos por nuevos estímulos sensoriales que adoptan la apariencia de brillantes partículas de luz solar filtradas entre las hojas de las ramas, retículas de sombras coloreadas y voces.

Te toca en suerte nacer en una era de colores ácidos, en un planeta exhausto, sacudido por oleadas de terror y belleza. Y ahora, cuarenta años más tarde, decides ponerte a escribir y consignar todo aquello. ¿Por qué lo haces? ¿Es por vanidad, lástima, orgullo? No. Lo haces porque vaciarse en el folio es la única salida para alguien que como tú padece una intoxicación de palabras. Para seres así no existen medias tintas. Es cuestión de todo o nada. La diferencia que hay entre escribir y no escribir es la misma diferencia que hay entre estar vivo y estar muerto.

Vamos, en marcha, vístete que llegas tarde, lávate las manos, péinate esas greñas, pórtate como es debido, deja de hacer muecas, dónde vas con los zapatos sucios, haz el favor de limpiarte ahora mismo esos zapatos, ¿te has cepillado los dientes?, qué modales son esos, átate bien los cordones, así no, con doble lazada, qué te pasa hoy, estás atontado o qué, parece que te has levantado con el pie torcido, ay Dios, no se te ocurra ir corriendo, como me entere yo de que corres, anda como la gente normal, no vayas dando saltitos, no sudes, que luego es a mí a quien le toca poner la lavadora, no vuelvas tarde, cruza con el semáforo en verde, ten cuidado con los coches, ten cuidado con los hombres malos del parque, arréglate ese jersey, métete la camisa por dentro del pantalón, que vas hecho un adefesio, por favor te lo pido, qué cruz, a mí el día menos pensado me vais a matar de un disgusto, no, si para el caso que me haces, contigo no hay manera, a ti las cosas te entran por un oído y te salen por el otro, mírale, di que sí, él a lo suyo, como hablar con la pared de enfrente, a ver si por lo menos hoy procuras comer menos cochinadas, ¿eh?, ni regalices ni dónuts que te ensucian el estómago, toma, esto es para que te compres un bocadillo de chóped en el economato pero me devuelves el cambio, ¿eh?, no lo malgastes, cuidadito con perderlo, a ver si te has creído que tu padre es Aristóteles Onassis y el dinero nos llueve del cielo, pues no, tu padre no es Aristóteles Onassis, para que te enteres, estaría bonito, ojo con lo que piensas hacer esta tarde, nada de perder el tiempo en la papelería, olvídate de la papelería, que no se te pase por la cabeza mientras yo me deslomo limpiando oficinas, te vuelves derecho a casa y si quieres juegas tú solo en tu cuarto después de hacer los deberes, date prisa, date prisa, ponte erguido que pareces un viejo que vas siempre encorvado, no das pie con bola, yo ya no sé en qué idioma tengo que decirte las cosas para que me entiendas, ¿es que hablo en chino yo, o qué?, a este paso hoy no llegas, anda, ven aquí, que cada día estás más torpe, en vez de ir hacia delante vas hacia atrás como los cangrejos, eso

es, di que sí, muy bonito, tú sigue perdiendo el tiempo, erre que erre, ya verás luego cuando termine el curso, entonces vas a reírte, sigue así que vas por buen camino, contentos nos tienes a todos, cuando me ingresen en el hospital ya me echaréis todos de menos, tú el primero, qué dices, habla más claro, tira ese chicle que no se te entiende ni jota, a mí no me repliques, ¿eh?, conmigo no te hagas el gracioso que se está rifando una bofetada y uno que yo me sé lleva todas las papeletas, habrase visto, chitón, lo que hay que aguantar, será posible, tiene narices la cosa, que no se te vuelva a ocurrir decir semejante barbaridad porque pongo en tu conocimiento que como suspendas el curso vas de cabeza derecho a un internado, sí sí sí, como lo oyes, a ver qué nos dice el jefe de estudios cuando vayamos a verle esta tarde, tú verás lo que haces, allí sí que vas a saber lo que es bueno, me gustaría verte, conmigo mala en el hospital y tú interno, me pongo mala y qué, quién va a cuidarte, si no sabes ni atarte los cordones, valiente adán estás hecho, allí en el internado te van a meter en cintura, no te vas a escapar de rositas, no pienses que te van a consentir lo que yo te consiento, ¡ja!, que te crees tú eso, estás muy pero que muy equivocado, allí vas a espabilar, te van a poner las pilas, sí señor, te juro que tú escarmientas, vaya si escarmientas, aunque sea la última cosa que haga en esta vida, pero tú, tú, tú, ¿en qué día de la semana vives?, ¿en qué planeta vives?, ¿sabes la hora que es?, abróchate bien el anorak, calamidad, no vayas a coger frío, ¿has hecho pis?, haz el favor de hacer pis antes de irte, ¿te has echado colonia?, adiós, adiós, vete ya, cuidado con los hombres malos del parque, que llegas tarde, adiós, adiós, nadie va a quererte como yo, ¿es que no vas a darme un beso?

Así comienza tu historia. ¿O termina? También podría empezar de otro modo. Porque lo más parecido a la muerte es cruzar a oscuras entre dos bloques de casas, conteniendo el aliento, para pasar inadvertido. Allí vive la muerte, agazapada, en un

bajo con mirilla, detrás de un portero automático reparado con esparadrapo. La muerte se pasa el día sin dar golpe desparrada de felicidad frente al televisor, mano sobre mano, contemplándose el vello de los antebrazos. Lo que más le gusta a la muerte es mirar los anuncios, de detergentes y bragas, no se pierde detalle, y encima de la caja del televisor arruga el pico un cisne de vidrio soplado de colores fosforitos.

La muerte es rubia y senil y seguramente viuda. La muerte es viuda de un peletero y se aloja de incógnito en aquella casa roja con toldos, en aquella calle roja, dentro de aquella ventana.

La muerte huele a coliflor hervida y a sosa cáustica y a la tinta todavía fresca de las rotativas que deja los dedos manchados de periódico económico. El alma negra de la ciudad se manifiesta en ese túnel torcido, en aquella mueca del barrio, atajos, bocacalles, ropa tendida, con llovizna permanente de llanto de camisetas, y la presencia de una monja quebradiza que todas las madrugadas de invierno, haya niebla o hiele, baja bolsas al sótano: en concreto, dos.

Cruzas el callejón solitario, las últimas esquinas, pasas medio dormido aún frente al paredón coronado de cristales puntiagudos del descampado y ves los grafitis rabiosamente frotados, con capas de cal encima bajo las cuales pese a todo se transparentan las letras, se adivinan las apresuradas consignas políticas: ~~VIVA LA LIBERTAD, MUERA FRANCO~~, tachadas, desfiguradas en arañas abstractas y veladuras que convierten los muros de tu ciudad en clases de caligrafía china.

Y el sol nocturno del metro, a primera hora, apiñados entre hedores y empujones, los ojos vacunos de la gente, los ojos asexuados cargados de frío, soledad rumiante y locura, y tú estás entre ellos. Ojos huérfanos, miradas resbaladizas, labios de asesinato. Nervioso vistazo al reloj, a la cartera. Chirrido de frenos, vapor caliente y dulce, apertura y cierre de puertas, aquí no cabe uno más, se levanta una ola Hokusai de indignación,

Adán y Eva expulsados del paraíso por culpa de la maldición bíblica del despertador. Gabanes colgados de las barras del vagón igual que reses, arrugados, camino del taller o la oficina, cuerpos torpes y bovinos entre dos túneles, ametrallados de luces, caras y manos son manchas amarillas, es imposible amar a esta hora subterránea, nadie ama a nadie, todos se odian, no tienen madre.

El barrio aquel está en obras, o en ruinas, a saber, no se distingue bien cuándo se trata de un trabajo de demolición o de un trabajo de arreglo. Montículos de materia pegajosa obstaculizan las calles, y cuadrillas de capataces y albañiles y poceros con cascos blancos perforan las aceras o hacen rodar cuesta abajo una tapa de alcantarilla.

Los socavones se tragan coches. En el asfalto bosteza una grieta y el automóvil desaparece entero. Solo queda visible el armazón del portaequipajes, a veces ni siquiera. Cuesta Dios y ayuda extraer el coche del cráter; se necesita una grúa y bastantes operarios. Basta un leve movimiento de impaciencia para que el vehículo se hunda del todo, chupado por la ventosa, hasta el centro de la Tierra. Hace glub y se va. Como arenas movedizas. Se hunde un coche. Se hunde otro.

Todo huele a sudor y a entierro y se halla en reestructuración, en proceso, en vías de algo: disculpen las molestias. Todo es provisional, parcial, difícil y ya marchito, y así sobrevive a base de parches aquel barrio del extremo sur de Madrid, al otro lado del río Manzanares, tachado de andamios, hormigoneras, palés, grafitis, prendido con alfileres, a punto de irse a pique, todo el mundo lo dice, el día menos pensado.

La gente, pese a todo, vive. Vive en celdillas de pisos más o menos uniformes o en casas parecidas a agujeros. Se han acostumbrado a la rutina de vivir y cocinar de esa manera suya tan

peculiar, no cambian. Han venido por seis meses y se han establecido veinte años. Si alguien les ofrece la oportunidad de escapar a un código postal mejor, rehúsan. No tienen prisa, no piensan, están aquí con su tresillo de escay y su tapete de ganchillo y su hipoteca a plazo fijo, la familia también es como un coche varado en el asfalto que no hay forma de desatascar. Van hundiéndose poco a poco en el fango pringoso de la vida cotidiana, en este tiempo de relojes blandos, acompañados del barrio, del ruido, en el vértigo de la caída, no hay nada que discutir. Se quedan.

Medio barrio sella la cartilla del paro. El otro medio trabaja en la construcción de unas torres eléctricas de alta tensión, muy grandes, muy feas, aparatosas. Las ves imprimirse en el cielo de aquel modo repentino, igual que trazos de sorpresa en una viñeta de Freixas.

Las torres de alta tensión y tú crecéis en paralelo.

Los faraones del antiguo Egipto tuvieron la osadía de erigir las pirámides donde enterrar a sus momias y tu barrio tiene la genial idea de implantar aquellas torres de alta tensión donde entierra su belleza. Cada época construye las ruinas que se merece.

A la belleza natural de tu barrio, si es que alguna vez la tuvo, la liquidan las torres, la expulsa la electricidad, la electrocutan los cables. Y la belleza, humillada, hace las maletas y se exilia. Se refugia en otros barrios o desaparece del mundo. No vuelve a haberla. Belleza. Donde antes hubo saltos de agua ahora hay túneles de lavado automático. El lugar de los milagros es reemplazado por bingos. Así todo. Suma y sigue. El barrio en que tú naces. Recuerda.

Es el barrio de los cuarteles, que se delinean con nitidez en el amanecer de noviembre, emiten destellos, articulan una suce-

sión de alambradas, el toque de diana y la garita con su centinela de guardia, helado y rígido, como una muñeca en su caja.

Es un barrio, así lo llaman, de mucho pequeño comercio, y aquel pequeño comercio lo conforman tiendas de comestibles y bodegas y estancos y bazares discográficos con sus ofertas de lanzamiento, llévase dos por el precio de uno, y academias nocturnas de taquimecanografía y peluquerías unisex y billares con máquinas de *pinball* y Space Invaders y por último tiendas de no se sabe qué: el escaparate reúne un molinillo de café y una pastilla de jabón Palmolive, pero dentro también venden alpiste para canarios.

A medio camino del pasadizo comienzas a intuir una luz, primero una rendija, después un fulgor frío, y al fondo de todo, con un alto resplandor de vidrieras, arde el escaparate de tu tienda favorita: la papelería Gallardo.

Dos globos de luz enormes, color frambuesa, como dos frutos henchidos, encendidos a esa hora, alegran la fachada. Una tienda verdaderamente hermosa, la papelería Gallardo, tan hermosa que da lástima mirarla y es una anomalía en aquel barrio tan feo de torres de alta tensión, como luego aprenderás que el arte y los artistas son una anomalía en la vida y no hay lugar para ellos.

La papelería Gallardo es esa vida futura que dicen que nos aguarda a todos después de la muerte. La otra orilla, si es que existe, se debe de parecer en algo a tu recuerdo del escaparate de la papelería Gallardo, bien surtida con artículos de dibujo. Escuadras y cartabones. Gomas de borrar. Compases. Recordatorios de la primera comunión. *Christmas* de Ferrándiz. *Ivanhoe*. *Ricardo Corazón de León*. *Sinuhé, el egipcio*. *El tercer ojo* de Lobsang Rampa. *Regreso a las estrellas* de Erich von Däniken. Láminas de Emilio Freixas.

Y sobre todo: aquel muñeco anatómico, que te atrae y te repele, metido en una urna de plexiglás, casi como un ataúd,

que es la reproducción de un hombre al que se le ha arrancado la piel y le han dejado los músculos al aire. No te da risa mirarlo, apenas algo de pena, pues es un hombre escarlata de carne irritadísima que parece sumergido en agua hirviente.

A su lado hay un modelo de esqueleto, pero el esqueleto no te atrae, bah, parece un encontronazo entre percheros. Si la dependienta le roza con un plumero, se pone a patalear haciendo un tictac de vértebras o mondadientes, cualquier cosa de poca monta, y siempre está risueño con su risa floja de bailarín de claqué.

El muñeco anatómico, en cambio, exhibe con impudor el membrillo vivo del caucho, total, venido a menos, revestido con un maillot torturado, una rojez de laringe o de bistec poco hecho, sangrante, ese muñeco, que muestra hacia fuera las brillantes palmas de las manos donde corren terminaciones nerviosas.

Está todo enrollado en la soga de sus propias venas, entre globos terráqueos y soldaditos de plomo, resignado a servir como ejemplo de anatomía a los viandantes ociosos, y mira con no sabes qué fiebre de orfandad hacia la calle por donde tú escapas a cámara lenta conteniendo la respiración cada mañana del pasadizo y la muerte.

Acuérdate solo de eso. No quieras abarcarlo todo. Confórmate con lo mínimo. Recupera solo un detalle, un *flash* significativo, un nombre, un sabor, un color nítido, nada. Saca a la luz un fragmento de película, saboréalo despacio, y entiérralo en lo más hondo. No quieras saber más. Así está bien. Atente a las consecuencias. Mírame a los ojos. No busques explicaciones porque no las hay ni puede haberlas. Anota en algún sitio el instante y luego rasga el papel y tíralo al cubo de la basura, no te arrepientas, olvídalo y pasa de largo. No hay luz. Solo silencio. El silencio homicida de los árboles nevados. Si hubiese algo de luz en la calle sería la que proviene de este folio, no de la nieve.

De modo que la papelería se encuentra al fondo del pasadizo, una vez superada la muerte. La papelería está atendida por tres hermanas solteras, listísimas, las tres hermanas Gallardo, morena, rubia y rubia, que te toman cariño y si están de humor te permiten revolver en los estantes sin armar mucho alboroto.

Bea, Estela y Palo.

El muñeco anatómico del escaparate parece ser un huérfano adoptado por aquellas tres hermanas, tal como está, sin piel, tras salvarlo de un incendio.

Al traspasar la puerta te saluda un trino alegre de campanillas. Dentro de la papelería Gallardo se almacena, como en la otra orilla del cielo, de todo, y sus posibles tesoros hay que rescatarlos de aquel desorden fraterno que es el orden más bello, después de mucho marear entre los manuales de francés *Assimil* nivel intermedio y las invitaciones de boda con orlas y un espacio en blanco para escribir los nombres de los contrayentes, que quiere decir de los novios.

No hay calefacción. En invierno las tres hermanas Gallardo se conforman con un calefactor eléctrico que las achicharra de un lado y las deja heladas del otro. El calefactor proyecta una luz gomosa en el techo. Tostándose a medias al calor de aquel infierno, ves transcurrir con envidia las mañanas invernales de las tres hermanas Gallardo, morena, rubia y rubia, solteras y listísimas, quienes tras haber cursado estudios universitarios con buenas notas han aparcado de momento sus jóvenes vidas para sacar adelante aquel negocio familiar, vendiendo como mucho en toda la mañana una goma de borrar, una esquila de defunción o un lapicero Staedtler 2H.

La hermana Gallardo de en medio viste un suéter de ochos de cuello vuelto de cachemir y dice siempre qué frío, qué frío, cierra rápido la puerta, no vaya a escaparse el gato. Tú cierras rápido la puerta. Y el gato no se escapa.

Es bonita a su modo. La hermana Gallardo de en medio tiene fama de letra, de escribir con buena letra, alardea un poco de ello, lo comenta ante las otras y se reserva para sí misma un cuaderno de ejercicios caligráficos en el que a veces, porque sí, traza un arabesco. En cambio, si alguien le elogia su habilidad, la hermana Gallardo de en medio baja la vista azorada y responde:

—Me defiendo.

Es un espectáculo hermoso ver escribir a la hermana Gallardo de en medio en su cuaderno, me defiendo, dibuja unas oes con onda y unas tes con mucho carácter y unas emes que parecen un diminuto acueducto.

La tinta estilográfica enrojece la página, brillante, y antes de que le haya dado tiempo a secarse, la hermana Gallardo de en medio, listísima, ya ha dibujado una nueva letra. Y después otra. ¿Lo ves? Del tipo egipcio. Romana. Esta de aquí es más bien gótica. Antiguas. Muy antiguas.

Las letras vieron la luz en la orilla de los ríos. Amasadas con la misma arcilla de alfarería que moldeaba las ánforas. Antes de la palabra escrita solo existían los vientos y las leyendas vagaban confundidas de un lado para otro por aquellos laberintos calcinados, sin encontrar acomodo.

Hasta que alguien tuvo la idea de recoger el sonido y esculpir en una roca aquel sollozo del viento. Los alfabetos dormían hasta que unos dedos muy hábiles se posaron sobre ellos. Aquellos dedos pulsaron el teclado de las letras. Y la música sonó. Los alfabetos nacieron. Las palabras respiraron. Hubo un momento de incredulidad. Las letras abrieron los ojos. A este tipo de escritura le llamaron cuneiforme por estar grabada con cuñas. Detrás de cada letra hay una historia. Así que ya lo sabes. Mañana, si vuelves por aquí y estoy de humor, te explicaré nuevas letras.

La hermana Gallardo de en medio te propone mitad en serio mitad en broma darte clases de caligrafía a precio módico. Se

ofrece para iniciarte en la ciencia de la escritura precisa, dice, que es una habilidad difícil, no te vayas a creer, y la prueba es que muy pocos en el mundo llegan a dominarla.

Solo después de muchos años de estudio ella está empezando a desentrañar el misterio de las letras y de sus grandes enigmas. Las letras son sagradas. Los alfabetos son dioses. Escribir es una modalidad de rezo.

Te cuenta que en la calle Velintonia sobrevive un poeta, ya mayor, delicado de salud, y tú te imaginas una casita entre árboles, quizá en el bosque, con una lámpara en la ventana, un anciano afable con aire de oficial inglés retirado, de ojos claros, que recibe a las visitas en batín de seda y les ofrece una copita de jerez o les recita una estrofa amorosa:

Vinieras y te fueras dulcemente,
de otro camino
a otro camino. Verte,
y ya otra vez no verte.

La hermana Gallardo de en medio defiende la teoría de que los grandes narradores y poetas y filósofos lo son por tener buena letra, al margen de lo que escriban. Si un autor no es a la vez dibujante, no llegará muy lejos. Para que la literatura sea buena es necesario que esté escrita con buen pulso, con los márgenes correctos, sin tachaduras, respetando la ortodoxia, sostiene la dependienta de la papelería.

—Si algún día cometes el pecado de escribir una novela —dice la hermana Gallardo de en medio—, que no me entere yo. Y si me entero, procura que no sea como las demás.

La calidad literaria de un libro se mide por la buena o mala caligrafía de su autor, según la hermana Gallardo, listísima, quien también suele explicar que el arte de dibujar letras ha entrado en decadencia en nuestra época, ella es pesimista al respecto, y esto se nota en el descuido con que algunos perpetran sus escritos.

Vas todas las tardes de invierno a aprender caligrafía durante una hora a la salida de clase. El dinero materno para comprar el bocadillo de chóped en el economato lo inviertes en pagar a escondidas la clasicita de letras de la Gallardo de en medio, mientras la silueta de las otras dos hermanas se mueve y descompone en el fondo de la escena. Te quedas sin merendar por aprender unas letras, unos cuantos palotes, a e i o u, qué dirán en tu casa cuando se enteren.

La hermana Gallardo de en medio te parece a ti que es Estela, no estás del todo seguro, Estela Gallardo, ha pasado tanto tiempo, la única morena entre las otras dos hermanas rubias, no puede ser otra, te parece recordar que así es, o en cualquier caso has decidido que este sea tu recuerdo de ella. Decididamente, Estela.

Estela Gallardo cultiva *saudades* de un novio escultor que un día hace el macuto, se marcha a París sin previo aviso, y si te he visto no me acuerdo.

Al cabo de unos meses Estela Gallardo se cansa de esperar noticias de aquel novio escultor y justo en ese momento recibe una carta sin remitente, rasga el sobre y dentro hay un trozo de plano, nada más que eso, un plano de París, muy desteñido, como centrifugado en la lavandería, que además huele a ciénaga.

Estela no conoce a nadie en París. Y aunque no sabe cómo interpretar aquel mensaje cifrado, algo le dice que significa adiós.

Conserva el trozo de plano entre las páginas de un libro. Se queda sin escultor. Sonríe para adentro. Es de esas personas que se anotan en las manos los recados urgentes. Estela tiene manos escritas, leídas. Sucias de amor. Manos. La blancura de sus manos. Manos de leche, de arroz con leche, de nieve un poco pisada. Manos más blancas que el blanco.

Los dedos de Estela Gallardo revolotean hasta los estantes más altos en busca de un paquete de folios o se posan en calma, unos minutos, junto a la sombra granate de una maceta. Y el aire se serena y viste de hermosura y luz no usada.

Ah, qué difícil es poblar esa espera, ese crujido, leve (cuanto más leve, más terrible), esos dedos de repente convertidos en raíces o tentáculos, en monstruosos ángeles. Manos. Manos de Estela. Que dibujan letras. Que dibujan.

Viste falda escocesa o pantalones campana, de pata de elefante, y lleva el pelo suelto, alisado, una melena dramática que a veces al rozarla produce un calambre de electricidad estática. Parece, la melena de Estela, conectada por hilos invisibles a las torres de alta tensión que están construyendo en el descampado.

A Estela los tejanos le quedan un poco cortos, seccionados a tijera por encima del tobillo, y en el intervalo que media entre los bajos del pantalón y el zapato asoma nada más que un trocito de pierna, de piel dorada, que enseguida desaparece cubierto por unos calcetines muy gruesos de lana que parecen calcetines de alpinista.

Aquel novio escultor de Estela que se pierde por las calles de París y no regresa, aquellos calcetines tan gruesos, no tienen ninguna utilidad para tu relato: es decir, la tienen toda.

En tu décimo cumpleaños Estela Gallardo te regala un libro, esta vez más serio, de anatomía: *El arte del desnudo*, se titula, y es la primera vez que ves a una mujer desnuda, de frente. Su autor: Emilio Freixas.

Freixas plasma a sus modelos en actitudes tranquilas, reclinadas en divanes, acomodadas en playas, las fija en su justa proporción de siete cabezas y media, aunque siempre resiste la tentación de detallarles el pubis. Prefiere que la imaginación del espectador complete ese espacio en blanco, omitido, un silencioso triángulo censurado por encima de los muslos, igual que en las invitaciones de boda de la papelería Gallardo aparece un hueco libre para rellenarlo con el nombre de los novios.

Cuando se trata de hombres desnudos, ejem, el dibujante suspira, frena el lápiz, sustituye el engorro de la verdad por una hoja de parra, con la cual se ahorra el mal trago de precisar el miembro masculino, que no se sabe por qué parece darle pena, o rabia, o asco, o miedo, o todo junto.

Emilio Freixas se esfuerza en convertir la anatomía humana de hombres y mujeres en maniqués asexuados o ratones de laboratorio, de vaporosas ingles, y lo máximo que se permite es un ligerísimo sombreado que sugiere hasta cierto punto el arranque de las nalgas, y hasta ahí.

Pese a todo te inquietan, esas ilustraciones te inquietan, porque allí se incuba un morbo sin resolver, un protocolo vedado, una zona de exclusión de la piel bajo la cual palpita algo innombrable o maldito, una palabra prohibida de cuatro letras o cuatro piernas, ¿tal vez la vida misma?, un interrogante también hermoso que tendrás que sondear en el futuro tú solo o en compañía de otros, la intimidad y el placer, todo lo que el cuerpo humano ofrece de pozo y de comisura, con sus orificios de fiebre y su maraña de vello púbico.

A todo esto, te preguntas, ¿dónde están las chicas? Las de verdad. Las chicas de pelo tirante y carne y pómulos y canciones primaverales cantadas con voz trémula que te enardece o te pone ganas de llorar en la garganta, según qué caso. No te ofendas. Las otras, las de grafito, esas sí lo sabes: están escondidas en sus caderas de sombra, metidas al fondo de sus pensamientos, aupadas sobre piernas de longitud imposible.

Piensas en las chicas que tienes a tu alrededor y ninguna de ellas se parece a esas pelirrojas esporádicas que ves ondear en la playa por vacaciones, con sudorosa admiración, cada verano.

Chicas y chicos procedentes de otros idiomas, del otro lado del telón de acero, mayores que tú, con sacos de dormir enrollados y guitarras en bandolera, que vagabundean al azar por

todo el sur de Europa, prendiendo hogueras, sin domicilio fijo, trabajando en lo que sale, que viajan a la buena de Dios confundidos, ellos y ellas, en un dulce montón, refugiados en una furgoneta despintada de matrícula ilegible.

Las ves derramarse por las carreteras del sur en el colapso del mediodía haciendo autostop, con un cartón entre las manos de uñas mordidas donde aparece transcrito el nombre de una localidad de la costa o una flecha con un destino imprevisto: La Almunia de Doña Godina.

Alguien las recoge. Las ves alejarse en la cabina del camión, mascando hielo, libres, transportadas por media península ibérica en aquellos tremebundos mastodontes niquelados que son los camiones tráiler de reparto de aceitunas o queso manchego. Te despiden de ellas cuando esas moles adelantan rugiendo y zarandeando con una ardiente bocanada de grava la carrocería del pequeño utilitario manejado por tu padre en que tú y tu familia veraneáis.

Viajes de biodramina, mareos, sensación química de náusea en el vientre, el olor a plástico recalentado de la tapicería del coche, una bolsa, rápido, una bolsa, la primera arcada, la sacudida violenta, una curva demasiado cerrada, el vómito incontenible, la bilis, las flemas, las piernas flojas, de mantequilla, la espalda hecha sudor, la vergüenza de no saber dónde meterte, los ojos empañados de lágrimas, el mundo se vuelve blando, se arruga, se pone feo, aflójate el cinturón, los pinos son gelatina, los postes son disparates, baja la ventanilla, respira, que te dé el aire, la bolsa aquella caliente en las manos.

¿En qué piensa uno mientras vomita? En nada. En la comisura de los labios se forman pequeñas burbujas. La carretera infinita. La brisa marina. Estación de servicio a 22 km. Galletas Fontaneda. El olor a besos del viento. Lo peor de lo peor.

Las pierdes de vista, borradas por la polvareda de la calima, pero no por mucho tiempo. Reaparecen al cabo de unos cuantos días, ellas o sus hermanas mellizas, siempre en la peor hora, la de la siesta, en lo alto de una cuesta que rompe en dos mitades un paisaje de cal y chumberas, al borde de un terraplén donde dormitan lagartos, tostadas por el sol, con las rodillas peladas, adorablemente sucias, a lomos de una mula que lleva atado y abierto, para protegerse de la insolación, un paraguas rojo Ferrari.

Voces en el jardín. Flores abstractas. El agua fluyendo de la boca de una rana de piedra. Un zumbido de insectos. La museлина de una telaraña irisada entre las dos ramas de un árbol corpulento. Risas y chapoteos. El escorzo a contraluz de unos pies desnudos, fugaces, tal vez amados. El sol achicharra. El día está maduro. La hora está en su punto. El cielo está muy alto. Las cosas que suceden, suceden lejos.

Un cepillo desenreda los pelos mojados. Un pájaro cesa de cantar. Cae una hoja. Cruje un periódico. Alguien te muestra, sobre la palma de la mano, el cuerpo de una babosa. Negro. Blandengue. Da asco. Tu primo mayor Ginés hace señas de que te acerques y comparte contigo su secreto: acaba de descubrir, dice, que las chicas saben a gamba.

La muerte huele a coliflor hervida en el pasadizo aquel que desemboca en la otra orilla del cielo de la papelería Gallardo, pero las chicas desprenden un olor diferente. Estela huele un poco a material escolar y otro poco a aliento de Licor del Polo. Pero las demás, quién sabe. El jardín mismo huele a cuarto cerrado, en el que se han ido acumulando, a lo largo de semanas, medicamentos caducos. Hay manchas de polvo en las flores. No sabes si tu primo Ginés tiene razón o te está tomando el pelo, te parece exagerado: vas viendo crecer a toda una generación de niñas, chicas, mujeres, que también es la tuya.